

se estuvieran quietecitos en su casa y no vinieran á incomodarnos en la nuestra. »

¡ Nuestra casa ! ¡ Qué interes no despertaba esta frase á cada milla ! ¡ Nuestra casa ! Sin la idea halagüena de contemplar si no « nuestra casa, » á lo menos nuestro territorio, hubiera procurado dormirme, para engañar el tiempo que aun debíamos tardar en ver la catarata del Niágara.

Empero era una delicia para mí ver encinas inglesas, y habitaciones inglesas y niños ingleses. Las muchachas, cómo si hubieran tenido la intencion de convencernos de que no eran hijas de ciudadanos, nos hacian reverencias y cortesías cuando pasabamos, y ese ligero golpe de una urbanidad tanto tiempo desconocida nos produjo una emocion grandísima. « ¡ Mamá! mamá! ¿ esas lindas niñas parecen inglesas? ¡ Cómo me gustan! ¡ Dios las bendiga! » fué la exclamacion que arrancó su vista á mi familia.



CAPITULO XXXIII.

Niágara. — Llegada á *Forsythes*. — Primera vista de las cataratas. — Isla de la Cabra. — Corrientes. — Búfalo. — Lago-Erié. — Aventuras de la diligencia.



Por fin llegamos á Niágara. El dia era de los mas brillantes que puede dar el mes de junio, aunque cualquiera dia me hubiese parecido brillante, al contemplar por primera vez lo que por espacio de tantos años habia yo ansiado ver con tanto ardor.

El ruido del Salto no se percibe hasta que se está cerca de la posada que lo domina. Al entrar por las puertas se ve al otro lado por medio del salon un espacio abierto, rodeado de galerías, puestas unas sobre otras, y al instante comprendimos que desde allí se veia el gran prodigio.

Yo temblaba como una tonta, y mis niñas se asieron á mí temblando tambien, pero me parece que en nuestros rostros debia brillar el contento. Encontramos un mozo que simpátizó en cierto modo con nosotras, y no nos dejó

corrèr á la primera galería, como teniamos intencion de hacer, sino que nos condujo á una galería superior que ocupamos al instante, descubriéndose de una vez á mis ojos todo lo que habia yo anhelado ver, deseado contemplar y aun en que habia soñado tanto tiempo.

No es para mí siquiera el hacer una tentativa para describir la maravilla del Niágara; conozco que no poseo las fuerzas que se necesitan para bosquejar tan sublime cuadro.

Despues de haber dado una miradá larga é insaciable, dejamos la galería, para acercarnos todavía mas, y al salir de la casa tuvimos la buena fortuna de encontrar al cumplido autor de « Cyril Thorton, (*) » que nos habia sido presentado en Nueva-Yorc. Este caballero estaba allí algunos días, y sabia perfectamente á dónde y cómo nos habia de llevar. Si algun mortal hai que pueda describir la escena que admiramos entonces, ciertamente es nuestro compatriota, y yo espero que lo hará. En cuanto á mí, solo diré que me abrumaron completamente el pasmo, el terror y las delicias.

Solo acertaba á llorar, y mis lágrimas procedian de una mezcla extraña de placer y dolor: durante un largo intervalo, mi *físico* se afectó de una manera tan violenta que no me

(*) Novela inglesa, mui interesante.

sentí mui dispuesta para las sensaciones agradables; mas luego que se calmó la emociion de los sentidos y que logré recobrarne algun tanto, gocé á la verdad de un deleite indefinible.

Decir que mis esperanzas no se frustraron, seria valerme de una expresion demasiado floja para dar un indicio siquiera de la sorpresa y asombro que produjo en mi alma aquella escena, en que habia yo soñado tanto tiempo. Para mí tiene mas que su inmensidad: allí se oculta mas que los ojos ven y los oidos oyen; un misterio confuso vuela alrededor de tanta maravilla que ni aun á la imaginacion le es dado penetrar; pero yo no me atrevo á detenerme en este punto: la materia es peligrosa, y querer describir las sensaciones que yo experimenté, seria arrojarne en el abismo del delirio.

En el Salto puede decirse con toda exactitud que no hai mas que ver que el Salto. No hai allí como en Trenton soberbias rocas ni selvas encumbradas; todo lo que se ve se reduce á la catarata; pero es la catarata de un Océano, y si estuviera hacinado en cada orilla un monte Pelion sobre cien Osas, no quedaria tiempo para mirarlos.

El estruendo es mucho menor de lo que yo me habia figurado. Cuando se está junto á la

misma caída del agua, puede cómoda y distintamente oírse una conversacion sin levantar la voz sobre el tono ordinario. A mí me parece que la causa de esta disminucion de estrépito consiste en que no cae el Niágara inmediatamente sobre rocas, como el Potomac cuyo ruido es infinitamente superior, sino que se precipita directamente y sin romperse, excepto con su mismo rebote. El color del agua, antes de que su repercusion misma la esconda bajo una atmósfera de espuma y niebla, es del verde mas brillante y delicado. La violencia de su impulso la arroja lejos y describe una larga línea, antes de comenzar la curva de su caída, siendo el efecto de la luz, que sin cesar muda sus colores prismáticos al pasar aquel arco transparente, la vista mas hermosa que darse pueda.

Bajamos hasta el borde del golfo que recibe el torrente, y desde allí miramos de perfil la herradura que forma el Salto. Parece una audacia terrible acercarse tanto, mas todavía pararse y aun mas alzar los ojos para contemplar su inmensidad. El punto, en mi entender, de que es imposible que pueda formarse idea quien no haya visto la catarata, es el centro de la herradura. La fuerza del torrente se quiebra en aquel punto, y la tremenda masa de las aguas, rodando, retorciéndose y enroscándose al desprenderse para caer, sugiere el pensa-

miento de una pujanza irresistible, de que ningun otro objeto me ha inspirado jamas una confusa imágen.

La siguiente anecdota, que oi á persona fidedigna, dará alguna idea de esa terrible fuerza.

Despues de la última guerra americana, tres de nuestros buques pertenecientes á la estacion ó apostadero del Lago-Erie fueron declarados inútiles para el servicio, y por consiguiente condenados. Algunos oficiales de sus dotaciones consiguieron el permiso de precipitarlos, haciéndoles saltar las cataratas del Niágara. El primero se hizo astillas en las corrientes; el segundo se sumerjió antes de llegar al Salto; mas el tercero que estaba en mejor estado, saltó con denuedo y conservó su forma, hasta que desapareció bajo la nube de vapores que cubre el fondo del precipicio. Ofrecióse una recompensa de diez dólares al que presentara el mayor fragmento de cualquiera de los tres buques naufragados, cinco por el fragmento que se siguiera á este, y asi sucesivamente. Solo se pudo descubrir un trozo, y ese que vendria á tener cosa de un pie, estaba como machacado en un yunque, y sus orillas mordidas con la forma de los dientes de una sierra. ¿Qué habia sido de la cantidad inmensa de madera que se habia precipitado? Qué remolino desconocido la habia tragado de modo

que, contra las leyes comunes de la naturaleza, no habia aparecido sobre la superficie ni el mas leve vestigio de una cantidad tan grande de materia flotante?

A otro lado del arco de la catarata está la isla de la Cabra, y al otro lado de la isla de la Cabra, el Salto americano, atrevido, recto y cubierto de espuma como nieve en su lucha con las rocas que le disputan el paso; pero no se aproxima ni en sublimidad ni en terrible hermosura á la media luna de la ribera opuesta. Allí la forma de la espantosa caldera en que se derrama tan furibundo diluvio, los cien plateados torrentes que se congregan alrededor de sus bordes, el movimiento igual y solemne con que lanza su inmenso caño por cima de la roca, la líquida esmeralda de sus unidas aguas, las guirnaldas y festones de cristal que saltan y se cruzan tan caprichosamente, y luego la niebla opaca que cubre con sus alas los horrores del hondo abismo donde todo se confunde, constituyen una escena casi superior á las fuerzas de la contemplación humana, y demasiado enorme en sus rasgos para que la mire un mortal. « Los Angeles temblarían al verla; » y los nervios que no cedieran á su impresión y no se abatieran á la primera vista de la estupenda catarata, serian en mi concepto mas bien obtusos que fuertes.

Los pormenores minuciosos de una localidad no pueden llamar la atención de los que no han experimentado su influencia por bien ó por mal, con placer ó con dolor. No hablaré pues de los escalones que suben por el mismo borde del torrente, ni de los descansos lodosos y resbaladizos, en que por mas que se estremezca, se tiene que apoyar quien no quiera perder su reputación de viajero *romántico*.. Nosotros llevamos á cabo una vez y otra todas esas hazañas desde el día de nuestra llegada, y al acabarse el día, estaba yo cansada de veras, aunque no daria los recuerdos de aquellas horas de agitación y zozobra por los de otras muchas mas suaves y tranquilas de mi existencia.

Al día siguiente á las cuatro de la mañana ya estaba yo otra vez en la pequeña glorieta junto al salto de la herradura, que mas parece que se rarifica en un espacio de agua que en un ambiente de aire: allí tomé un baño matinal de aspersion con el rocío que se desprende y cae por todas partes. El vapor que subia como una niebla espesa, cubría entonces la mayor parte de la perspectiva, pero la misma obscuridad ocultaba allí un encanto especial, y conforme iba creciendo la luz, las nubes se iban tambien arrollando, y

desapareciendo, hasta que brilló el sol y volvió á ofrecerse á mis ojos la inmensa maravilla.

El arco iris de la cascada no se ve desde el territorio inglés hasta la tarde, rasgo que aumenta considerablemente la hermosura del magnífico cuadro. El arco alegre y vistoso salta de una catarata á otra como un puente del reino de las hadas.

Después de almorzar pasamos al lado americano, y exploramos la isla de la Cabra. El paso del Niágara por en frente de los Saltos, es uno de los tránsitos mas bellos y deliciosos que puede concebir la imaginacion. La barca cruza tan cerca de las cataratas que alcanzan á los pasajeros las gotas de un ligero rocío. La seguridad real y el peligro aparente tienen su parte en el placer que se siente. El rio cala por aquel parage doscientos pies de profundidad. El paso por la roca conduce á un punto, que está inmediato á la catarata americana por la parte superior. La masa de las aguas es vastísima, y tiene toda la sublimidad de elevación, la anchura y el estruendo, pero no posee la influencia mágica de su rival. La isla de la Cabra manda por todas partes una soberbia vista de las Corrientes ó Remolinos : la furibunda rapidez con que se arrojan en la

sima insondable, es espantosa, y echar un puente sobre ellas seria un noble atrevimiento.

Por bajo de las cataratas corre el Niágara entre rocas encumbradas, coronadas de bosques espesísimos y unidos, que forman un contraste notable con las orillas hundidas de la parte superior. Parece como si una fuerza volcánica hubiera rotó el nivel del rio. El Niágara es ancho y profundo al salir del Lago-Erie; pero su curso es tranquilo por espacio de unas cuantas millas, y sus riberas son iguales. Sin embargo la madre del rio comienza á hundirse poco á poco, y su tersa y cristalina superficie se riza ligeramente como las aguas serenas del lago, cuando el viento las empieza á turbar. La imágen de los árboles que, aunque al revés, se retrata como en un espejo en el sosegado cristal de las aguas, se cimbra, se tuerce, se enrosca, hasta que al fin se borra, y en esa confusion de objetos que se violentan, y se chocan, y se confunden en el tumulto que los destruye, la imaginacion ve un caos inmenso donde se pierde un mundo entero. A cada paso crece la velocidad de la corriente; las rocas, oponiendo estorbos y mas estorbos, enfurecen las aguas obstinadas, que cambian su color de esmeralda en la blancura espumosa de la nieve. Asi continua el rio por espacio de

una milla, y luego las rocas se hunden, dejando abierto un precipicio de ciento y cincuenta pies, y el torrente se lanza en pos de ellas. Dios dijo : « Sea una catarata, » y una catarata fué. Cuando el río se ha recojido en su nuevo cauce, las paredes de este presentan por uno y otro lado un horrible abismo de roca sólida tajada. Algunas plantas vistosas suelen colgar por aquí ó por allí, y en muchos sitios la encina, el fresno y el cedro cubren con su rico follage el aspecto horrible del derumbadero.

Esta violenta transición de unas riberas llanas é iguales á un hondo barranco, parece que indica alguna gran convulsión como causa probable del fenómeno, y cuando me dijeron que cerca de allí, había un manantial de agua hirviendo, pensé que la fuerza volcánica estaba todavía en acción, y que aun podían aumentarse las maravillas de aquella region.

Los cuatro dias que pasamos en el Niágara fueron de excitación y cansancio, pero fecundos en sensaciones deliciosas y en pensamientos sublimes. El rocío nos empapó completamente; las rocas nos cortaron los pies; el sol nos llenó de vegigas las caras; miramos la catarata por arriba, mirámosla por abajo; nos asimos á cuantas peñas ofrecían una eminencia; bañamos nuestros dedos en la corriente á

pocas varas de distancia de la estruendosa caída; en una palabra, procuramos llenar de las ideas del Niágara todos los nichos de la memoria, y me parece que nunca olvidaremos sus imágenes.

Encontramos muchos grupos de viajeros en nuestras excursiones, principalmente de Americanos; pero no paraban mucho la atención, ó nos parecía á nosotros que la paraban poco en los prodigios que los rodeaban.

Un día estábamos sentados en el punto de una eminencia, cerca de la barca, que domina la vista de ambas cataratas. Este punto, sea dicho al paso, se considera como la vista general mas grandiosa de la escena. Un individuo de nuestra reunion estaba ocupado en bosquejar lo que sin embargo yo creo que no es dado al lápiz ni al pincel retratar con buen éxito, de manera que por la pintura ó el dibujo pueda formarse una idea aproximada el que nunca ha visto el modelo. Habíamos pedido dos ó tres sillas prestadas en una granja vecina, y habiendo cojido algunas ramas, que con la adición de nuestros chales y sombrillas habíamos procurado convertir medio en gruta, medio en toldo, para libertarnos del sol de mediodia, no tengo duda en que debía parecer que estábamos cómodamente y gozando de un fresco vivificante.

Una partida numerosa que habia cruzado desde la ribera americana al lado ingles, subió por la difícil cuesta que conduce á la altura desde el parage en que los habia dejado la barca. Mientras subian daban la espalda á los Saltos, y al acercarse á la cumbre, nosotros fuimos el objeto principal que se presentó á sus ojos. Todos se quedaron parados, mirándonos con una perfecta tranquilidad. Este exámen tuvo su desarrollo á distancia de unas doce á catorce *yaldas* (*) del sitio que ocupabamos, y duró sobre cinco minutos, tiempo en que recobraron aliento y repararon sus fuerzas. Entonces avanzaron en cuerpo, y uno de los de la partida, ó dos de ellos se pusieron á mirar el dibujo del paisagista, pero patas arriba, colocándose entre él y el objeto que estaba copiando, aunque me parece que no cayeron en esto. En seguida nos empezaron á preguntar, cuánto tiempo hacia que estabamos en los Saltos; si habia mucha gente; si no eramos de la tierra vieja, y cosas semejantes. En cambio supimos muchas nuevas interesantes, como por egemplo: la de que ellos acababan de llegar. Sin embargo ninguna de las personas del grupo, y eran ocho, no habia ni aun

(*) Medida inglesa que vale poco mas que una vara de Castilla.

siquiera vuelto la cabeza un momento, para mirar el espectáculo mas estupendo de que la naturaleza puede hacer alarde.

La sociedad de la posada se relevaba casi todos los dias. Muchas reuniones se apeaban por la mañana, iban á ver las cataratas, volvian á la posada á comer, y se marchaban en el coche de la tarde. Muchos de los grupos eran indescribibles por la rareza caprichosa de su facha y modales. De cuando en cuando solia caernos tambien como una exhalacion tal cual *dandy* ó petimetre de primera tigura.

Una vez estando en la soberbia galería que da por detras de la posada á la catarata de la herradura, vimos asomar por la ventana que domina la perspectiva, una pierna con su bota y todo de un individuo de la graciosa raza: lo demas de su persona estaba arrellanado en su silla, con la cabeza envuelta en una densa nube de humo de tabaco.

Cuando he solido tropezar con algunos de los ultra-elegantes de nuestro pais en las escenas mas salvajes y grandiosas de él, he observado frecuentemente que, á lo menos entonces, se desprenden en gran parte de su aire, y de su *elegantismo*, como si se ruborizaran de que el Dios de la naturaleza los viera representar tan ridículas farsas en su presencia, cuando se ofrecia á sus ojos con el aparato de su divini-

dad; y mas de una vez tambien me ha sorprendido ver cuanto seso suele abrigarse en esos bustos huecos de la moda. Pero en América no mueven á esa clase de personas la hermosura del paisage ni la grandeza de las escenas terribles; antes bien los exquisitos jóvenes del Nuevo Mundo se esmeran en lucir su garbo y buen talante en medio de ellas, mostrando con infatigable ahinco su elegante abandono. Verdad es que no tienen mucha oportunidad para desplegar sus gracias en la rutina diaria de la actividad mercantil, en que pasan la vida, y esto puede servir de amplia y satisfactoria explicacion, de lo que mas arriba queda asentado.

Afortunadamente para nuestros placeres estas visitas elegantes alteraban mui poco el carácter solemne del espectáculo. Todos los que van á la posada de Forsythe (excepto Mistress Bogle Corbet) corren á la glorieta, é inscriben sus nombres en un registro que allí se guarda, y la mayor parte descende por la escalera de caracol que conduce á la plataforma de las rocas de abajo. Allí tambien hai una glorieta, pero separada unas cuantas *yaldas* de la entrada de la caverna maravillosa que forman por una parte el torrente que salta, y por la otra la gigantesca roca por cima de cuya cumbre se precipita. A este débil refugio contra el

bramido salvaje de las aguas y la lluvia cegadora del rocío que se desprende de ellas, suelen dirijirse casi todos los hombres y muchas de las lindas viajeras; pero frecuentemente he visto que les faltaba el ánimo, y que volvian al abrigo de la escalera calados de agua y llenos de lodo, dejándonos en tranquila posesion de la tremenda escena que con tanta delicia contemplabamos. ¡Qué inútil debe ser toda tentativa para describir aquel sitio! ¡Cuán en vano se harán todos los esfuerzos de que es capaz la mente del hombre, para dar una idea de las emociones que produce! ¡Hai por ventura placer mas exquisito que el de permanecer horas enteras en un mar de rocío, en medio del estruendo incesante de la catarata, sobre las rocas que estremece la concusion perpetua del torrente en su cauce, en una atmósfera mas de agua que de aire — calado el cuerpo, aturdida la cabeza, sacudidos los nervios, temblando, respirando con trabajo, el corazon oprimido, la imaginacion exaltada? Y esas terribles sensaciones son verdaderos placeres, y los placeres mas vivos de que yo creo haber gozado. Nosotros nos acercamos con frecuencia á la entrada de la espantosa caverna, pero, aunque dos ó tres personas de nuestra sociedad penetraron hasta el fondo, yo nunca me atreví á internarme. Al querer pasar del umbral de la

inmensa abertura, me faltaba el aliento, y el dolor que sentia en mi pecho era tan agudo, que toda mi curiosidad no bastó para que lo soportara una vez sola.

¿Qué era la caverna de los vientos de los tiempos antiguos comparada con esta? En la del Niágara reina un genio mas poderoso que Eolo.

No fué este sitio de espanto y de peligro el único en que nos encontramos solos. La senda que tomaban las « sociedades » para la gloria, donde se guarda « el libro de los nombres, » era la misma siempre. Esta senda descende á la orilla escarpada del torrente desde la verja del jardín, y la han hecho bastante fácil, á fuerza de vueltas y revueltas, pero no es de ningun modo el camino que mas ventajosamente puede procurar la graduacion del placer, ó el gusto de la sorpresa al extranjero, que se acerca al lugar donde ha puesto la naturaleza uno de sus mayores portentos.

Durante nuestra permanencia en aquel punto, vimos empezar otra escalera, que debia rivalizar en atractivo con la que se usa ahora, y de que dista mui pocas *yardas*; pero que en mi opinion de ninguna manera contribuirá á la comodidad de la bajada. La ereccion del pilar maestro ó fuste central de esta escalera espiral fué una de las operaciones mas formida-

bles que el hombre pueda intentar, y solo verla me mareó completamente. Despues de haber asegurado su cimientó en el fondo, se descolgaron de las rocas los carpinteros, sostenidos por maromas, hasta las vigas que servian de traveseros, y mientras estaban ellos sentados en medio de aquel caos de vapores y estruendo, reflexionaba yo que nunca habia visto exponer la vida á tanto peligro y tan inútilmente. La obra no obstante prosiguió sin desgracia alguna, y ya estaba para acabarse, cuando dejamos la posada.

Mucha pena costaba á nuestro corazon dar el último adios al Niágara, y al contemplarlo por la postrera vez, sentiamos una inquietud semejante á la congoja; pero « teniamos que hacerlo, » como dicen los Americanos, y dejamos el sublime salto, el 10 de junio, para ir á Búfalo.

El camino á lo largo del rio por cima de las cataratas es tan hermoso, como puede serlo un arrecife que costea una corriente pura y cristalina de una milla de ancho, siguiendo paralelamente á la orilla hasta que llega al paso de la barca de Roca-Negra (Black Rock.)

Allí saludamos casi con un grito de entusiasmo el pabellon ingles que vimos por primera vez en la arboladura de la *Bull Dog*, gentil corveta del comodoro Barrie, que subia

el rio á remolque, para ganar el lago Erie, debiendo el comodoro dar la vuelta de los lagos.

En Rocá Negra (Black Rock) volvimos á pasar á los Estados-Unidos, y á pocas millas de un traqueteo infernal nos encontramos en Búfalo.

Entre las mil y una ciudades, mil y una rancherías, mil y un lugares que ví en América, me parece que la poblacion mas rara que se puede ver, es Búfalo. No es tan selvática como Puerto-Lock, pero tambien parece que todos sus edificios se han construido de priesa, si bien no hai objeto que no descubra una gran pretension : allí se ven pórticos, allí os paseais por columnatas, allí encontrais pilares, allí se admiran cúpulas, y toda esa grandeza no tiene mas falta que el ser de madera. Todo el mundo os dice en Búfalo, como en las demas poblaciones nuevas, y todo el mundo lo cree, que sus mejoras y sus adelantos son mas rápidos y portentosos que cuantas mejoras y adelantos ha conseguido el género humano, hasta que los Americanos le han quitado los andadores á la naturaleza. Sin embargo para mí no hai mas maravilla sino que tantos millares, ó por mejor decir, tantos millones de personas crean en el siglo diez y nueve, que viven bien, viviendo de aquel modo. Seguramente se debe decir

que los Estados-Unidos se estienden mas bien que no se elevan.

La Posada del Aguila, que es una inmensa fábrica de madera, tiene todos los humos de un establecimiento esplendido, pero sus monstruosos corredores, sus techos ahogados, y sus intrincadas habitaciones, me hacian creer que me hallaba en una catacumba mas bien que en una posada. Cuando llegamos, ya se habia concluido la *mesa redonda* del té, y cenamos con bastante satisfaccion en compañía de un caballero que habia ido con nosotros desde las cataratas ; pero al otro dia por la mañana almorzamos en una sala larga, estrecha y baja, con cien personas, y sin cosa alguna que hiciera la tal pitanza ó sus disposiciones llevaderas.

¿Qué puede inducir á tantos ciudadanos razonables á dar la preferencia á esas largas y silenciosas mesas, mal abastadas de jamon frito, de pescado en salmuera, ó de chanfainas, sobre un pedazo de pan comido agradablemente en sus casas con sus mugeres y sus hijos? ¡Cuánto mejor me sabria un alimento cualquiera, con tal que todos los dias lo comiese con mi familia, aunque fuera en la cabaña de un Indio, que los manjares mas regalados lejos de ella en las mesas redondas de esas fondas espaciosas ! Esa costumbre sin embargo parece universal, á lo menos, nosotros la he-